

La migración ecuatoriana
Transnacionalismo, redes
e identidades

Gioconda Herrera
María Cristina Carrillo
Alicia Torres, editoras

La migración ecuatoriana

transnacionalismo, redes e identidades



FLACSO
ECUADOR



Plan Migración, Comunicación y Desarrollo

© De la presente edición:
FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito – Ecuador
Telf.: (593-2-) 323 8888
Fax: (593-2) 3237960
www.flacso.org.ec

Plan Migración, Comunicación y Desarrollo
Mallorca N24-273 y Coruña
Quito, Ecuador
Telf.: (593-2) 232 0408
Fax: (593-2) 250 4978
www.fepp.org.ec

ISBN.9978-67-104-8
Diseño de portada e interiores: Antonio Mena
Imprenta:
Quito, Ecuador, 2005
1ª. edición: noviembre, 2005

Índice

Presentación	11
Introducción	13
FLUJOS Y REDES MIGRATORIAS	
Ecuador en la historia de la migración internacional ¿Modelo o aberración?	31
<i>Brian Gratton</i>	
Las transformaciones de la migración transnacional del Ecuador, 1993-2003	57
<i>Brad Jokisch y David Kyle</i>	
Redes transnacionales y repertorios de acción migratoria: de Quito y Guayaquil para las ciudades del Primer Mundo	71
<i>Franklin Ramírez Gallegos y Jacques Paul Ramírez</i>	
“Tú siempre jalas a los tuyos.” Cadenas y redes migratorias de las familias ecuatorianas hacia España	105
<i>Claudia Pedone</i>	
MIGRACIÓN Y MERCADO LABORAL	
Migración internacional y mercado de trabajo rural en Ecuador	147
<i>Luciano Martínez Valle</i>	

Ecuatorianos y ecuatorianas en España.	
Inserción(es) en un mercado de trabajo fuertemente precarizado	169
<i>Walter Actis</i>	
Aquí no hay familia: estrategias para la inserción laboral desde La Rambla, Murcia.	
El día a día de los (pos)jornaleros ecuatorianos	203
<i>Pilar López Rodríguez-Gironés</i>	
MIGRACIÓN Y DESARROLLO	
Las remesas y su aporte para la economía ecuatoriana	227
<i>Alberto Acosta, Susana López O. y David Villamar</i>	
La experiencia del codesarrollo Ecuador-España: una aproximación a un transnacionalismo “desde el medio”	253
<i>Almudena Cortés Maisonave</i>	
GÉNERO Y MIGRACIÓN	
Mujeres ecuatorianas en las cadenas globales del cuidado	281
<i>Gioconda Herrera</i>	
Ecuatorianas que “viajaron”.	
Las mujeres migrantes en la familia transnacional	305
<i>Arantza Meñaca</i>	
¿Cuál es la relación entre familia y migración?	
El caso de las familias de emigrantes ecuatorianos en Génova	335
<i>Francesca Lagomarsino</i>	
JÓVENES Y MIGRACIÓN	
El espejo distante. Construcciones de la migración en los jóvenes hijos e hijas de emigrantes ecuatorianos	361
<i>M. Cristina Carrillo E.</i>	
Representaciones sociales, imaginarios y prácticas cotidianas de jóvenes ecuatorianos inmigrantes en España y Francia	371
<i>Marysol Patiño S.</i>	

Entre ciudadanía, discriminación e integración subalterna. Jóvenes latinos en Génova	397
<i>Luca Queirolo Palmas</i>	

ETNICIDAD

De Punyaro a Sabadell... la emigración de los kichwa otavalo a Cataluña	433
<i>Alicia Torres</i>	
¿Que hacen dos mil saraguros en EE.UU. y España?	449
<i>Linda Belote y Jim Belote</i>	

PROCESOS CULTURALES

Viajeros y migrantes, cultura y alta cultura: el gremio de albañiles de Quito se reúne en Madrid	467
<i>Eduardo Kingman Gracés</i>	
Transnacionalismo a la ecuatoriana: migración, nostalgia y nuevas tecnologías	481
<i>Silvia Mejía Estévez</i>	
“El deporte une bastantísimo aquí”: las ligas de fútbol de la Asociación de Latinoamericanos y Ecuatorianos en Valencia	493
<i>Ramón Llopis Goig y Alberto Moncusi Ferré</i>	

Ecuatorianas que “viajaron”.

Las mujeres migrantes en la familia transnacional¹

Arantza Meñaca*

*a vosotras, mujeres viajeras,
y esta vez, protagonistas*

Desde mediados de los años setenta, las dinámicas migratorias de las mujeres han ido abriéndose un espacio dentro del campo de los estudios sociales de las migraciones (Ribas, 2004: 116). Este interés por las mujeres migrantes tiene que ver con dos procesos paralelos. Por una parte, es atribuible al aumento del peso de las mujeres en el conjunto de las migraciones, y en especial, al incremento de la migración femenina “autónoma”. Por otra, se asocia al desarrollo de los estudios feministas y de género, que cuestionarían la invisibilidad previa de las mujeres en los procesos migratorios², relacionándola con el androcentrismo de una ciencia hecha, hasta ese momento, fundamentalmente por hombres³. Así, en la actualidad existe un amplio número de publicaciones que reflexionan sobre los procesos migratorios de las

* Universidad Rovira i Virgili. Investigadora asociada a FLACSO-Ecuador.
aranchamenaca@hotmail.com

- 1 Este trabajo está realizado en el marco de una beca FPU del Ministerio de Educación, asociada a los proyectos financiados con fondos europeos Partners for Health I y Partners for Health II. Una primera versión fue presentada con el nombre de “Travelling mothers. Conditions and experiences of Ecuadorian migrant mothers”, en el 8º congreso bianual de la EASA (Meñaca, 2004b).
- 2 Un ejemplo de la invisibilidad de las mujeres en movimientos migratorios en los que estaban presentes se encuentra en Borderías (1993) con referencia a la migración interna a Cataluña durante el siglo veinte.
- 3 Como ejemplo, en la Antropología, de las críticas del momento al androcentrismo de las Ciencias Sociales véase Martín y Voorhies (1978: 132-162) y con una perspectiva histórica Moore (2004: 13-24).

mujeres y / o sobre las migraciones con un enfoque de género⁴.

En el caso del Ecuador, los estudios sobre migraciones internacionales, que a pesar de la larga tradición de migraciones del Austro ecuatoriano a Estados Unidos habían sido escasos (Herrera y Martínez, 2002), se disparan con la segunda ola migratoria. Estos nuevos flujos están estrechamente relacionados con la crisis económica y política de finales de los noventa (Acosta, López Olivas y Villamar, 2004); España es su destino principal. Muy pronto se señala que una de las características diferenciales de esta segunda etapa es un patrón migratorio “dominado” y “liderado” por mujeres (Jokisch, 2001; Jokisch y Pribilsky, 2002), frente a la migración anterior a Estados Unidos, en la que los primeros migrantes fueron hombres y una gran parte de las mujeres en esa misma situación lo fueron por reagrupación familiar (Camacho, 2004: 312). De manera similar a lo sucedido desde mediados de los años setenta, con el desarrollo de los estudios sobre mujeres migrantes este nuevo patrón migratorio femenino, sumado a un incremento notable de la investigación sobre migraciones –tanto en Ecuador como en España y otros países europeos– ha permitido que en la actualidad existan ya algunos estudios que profundizan en la situación de las mujeres migrantes ecuatorianas desde distintas perspectivas, a los que este texto pretende sumarse.

Ahora bien, el dominio y liderazgo de las mujeres ecuatorianas en la nueva ola migratoria, no está tan bien definido como en los flujos anteriores de mujeres filipinas, dominicanas o peruanas a España (Ribas, 1999; Gregorio y Ramírez, 2000: 261; Escrivá, 2000: 330). Los datos estadísticos muestran cómo con el paso de los años la proporción de géneros en la migración a España ha tendido a equilibrarse⁵, y los datos de mi trabajo de campo, así como los de otras investigadoras (López, 2004: 129-134) plantean cómo no todas las mujeres ecuatorianas en España son “pioneras” o “líderes”, y cómo hay muchas maneras de llevar a cabo una migración femenina “autónoma”. Es precisamente de esta diversidad de mujeres migrantes

4 De la multitud de libros existentes, tómense como ejemplos las recopilaciones de Hondagneu-Sotelo (2003) para USA; de Chant (1992) para los países en vías de desarrollo; de Anthias y Lazaridis (2000) para el sur de Europa; y las bibliografías de Ribas (2004: 174-175) y de Aubarell (2000) para el caso de España.

5 Así, mientras en el Anuario de Estadística de Extranjería 1999, el 64,56% de los residentes ecuatorianos con permiso eran mujeres, había bajado al 49,91% en 2002. No obstante, teniendo en cuenta que una gran cantidad de inmigrantes irregulares quedan fuera de estas estadísticas, las proporciones podrían cambiar.

ecuatorianas de lo que quiero hablar en estas páginas. Una diversidad planteada en términos del lugar que ocupan las mujeres dentro de la familia transnacional -si tienen o no pareja estable⁶ al inicio de la migración, si tienen hijos, quién inicia la migración y quién se reagrupa- que nos permite valorar qué tan autónoma es su decisión.

Esta diversidad se reproduce en la forma cómo se reproducen / renegocian las relaciones de género en el seno de la familia transnacional, y su conocimiento nos permite cuestionar la imagen hegemónica que vincula migraciones y desestructuración familiar. Con unos 2 millones de ecuatorianos viviendo en el extranjero -la población de Ecuador apenas supera los 12 millones- (Acosta, López y Villamar, 2004: 259, 261), la opinión de que la emigración significa familias rotas e hijos abandonados se ha extendido por todo el país. Muchos políticos, medios de comunicación, maestros, psicólogos, médicos, religiosos y mucha gente común, especialmente en la clase media, expresa esta idea negativa sobre la migración. Una preocupación pública que no es neutral en términos de género: debida a la atribución social del rol de cuidadoras que se otorga a las mujeres, a aquellas que migran se las considera más culpables de la ruptura familiar que a los hombres migrantes (Herrera y Martínez, 2002). Ésta, como otras muchas imágenes hegemónicas, generan control social y estigma. De manera que los hijos de migrantes se convierten en el centro de investigaciones, de exámenes psicológicos, de programas sociales específicos, y son construidos como grupo de riesgo frente a distintos problemas de salud. Con todo ello, se reifica su condición problemática y son medicalizados⁷ (Carrillo, 2004, Pribilsky, 2001, Meñaca, 2005).

La información que sistematizo y analizo a lo largo de las próximas páginas, proviene de una selección de 12 relatos migratorios de mujeres entre los 20 y los 45 años, que forman parte de mi trabajo de campo. Además del lugar que ocupan las mujeres dentro de la familia transnacional, hay otras variables que entrecruzan la muestra, como son el origen geográfico y la clase social. La elección de estas doce historias se ha realizado de tal manera que estuvieran representadas las distintas procedencias que forman parte de mi muestra, en la que no hay presencia indígena ni afroecuatoriana y los terri-

6 Esté o no formalizada la pareja por procedimientos civiles o / y religiosos.

7 La medicalización es el proceso mediante el cual cada vez más aspectos de la vida social pasan a ser competencia del sistema médico hegemónico. El cual, entre otras, cumple una clara y efectiva función de control social (Foucault, 1995).

torios rurales están subrepresentados. Así, todas las mujeres pertenecen a la mayoría mestiza del país; la mitad son de la Costa y la otra mitad de la Sierra; un tercio pertenece a la clase media, frente a dos tercios que pertenecen a la clase trabajadora, y las tres cuartas partes provienen de las dos mayores ciudades del Ecuador: Guayaquil y Quito. En lo que respecta a su inserción laboral en España, cinco han trabajado exclusivamente en el servicio doméstico, bien haciendo limpiezas, como cuidando niños o ancianos; dos nunca han trabajado en el servicio doméstico, y las otras cinco han alternado en los servicios de limpieza y/o de cuidado con otros puestos en la industria, hostelería, venta al público, y en un caso, auxiliar de clínica. La mitad de integrantes de la muestra ha atravesado por periodos en los que no tenía trabajo. En el grupo analizado no hay presencia de trabajadoras sexuales, un locus laboral minoritario que no debe ser sobrerrepresentado —como sucede en algunos discursos públicos tanto en Ecuador como en España— pero tampoco silenciado: también estas mujeres migrantes ocupan un rol decisivo dentro de sus familias transnacionales⁸, y sus experiencias migratorias tienen una clara marca de género.

El trabajo de campo inició en el área metropolitana de Barcelona a principios de 2003, posteriormente se amplió también a Madrid, y se incluyeron cuatro meses en Ecuador entre 2003 y 2004. El tema principal de mi investigación no son las relaciones de género ni las familias transnacionales, sino las prácticas de autocuidado llevadas a cabo en el seno de estas familias (Meñaca, 2004a) que, generalmente, son responsabilidad de las mujeres. Es desde esta perspectiva que nace mi interés por las dinámicas familiares internas y su relación con la aparición de malestares y la gestión de la salud y la enfermedad dentro de familias que tienen a sus componentes a miles de kilómetros de distancia.

A partir de ahora, la exposición se organiza en cinco pasos. Comienzo con una breve introducción al modelo dominante de la familia y los roles de género en Ecuador, y a la complejidad de unas prácticas que ni mucho menos son una réplica carente de problemas de este modelo. Después, de la mano de las doce historias seleccionadas, analizo las diferencias que existen

8 Etnografías como la que está realizando Elvira Villa sobre mujeres inmigrantes —entre ellas ecuatorianas—, las trabajadoras sexuales de calle, son fundamentales para llenar el vacío que dejan las ausencias de estas mujeres en otros muchos trabajos de campo, como es el caso del mío.

dentro de la organización familiar así como en la negociación / renegociación de las posiciones de género, en cuatro casos: a) el de las mujeres solteras y sin hijos al inicio de la migración; b) el de aquellas que no tenían pareja pero sí hijos; c) el de mujeres con una relación estable, y con hijos, cuando él fue el primero en migrar, y d) el de las mujeres con pareja e hijos que migraron antes que sus maridos. El hecho de hablar de mujeres situadas dentro de sus grupos familiares permite tener en cuenta no sólo el papel de la incorporación (*embodiment*) de la ideología patriarcal dominante⁹, sino también el del campo social, de la familia transnacional en este caso, en las decisiones y prácticas llevadas a cabo durante el proceso migratorio.

Unas decisiones y prácticas con las que se reproducen y reformulan las dinámicas de género, y se recrea la familia en situación transnacional. Y es que debido a la distancia entre sus miembros, "las familias transnacionales deben construir sus nociones de familia y su utilidad emocional y económica más deliberadamente y no darla por sentada en base a la interacción cotidiana" (Herrera, 2004: 229). Puntos concretos de interés a lo largo del análisis serán: a) la decisión migratoria, con los distintos participantes que interactúan en ella y la confluencia de las razones económicas y de género; b) las repercusiones de los distintos tipos de migración femenina en las dinámicas familiares y de género, incluida la cuestión de la fractura familiar, y c) el papel de la familia extensa en el proceso, el valor que se le atribuye y los cambios que se pueden estar produciendo.

El modelo de familia y roles de género en Ecuador

En general, se puede decir que el modelo hegemónico en Ecuador propone una familia nuclear, en la que la mujer se encarga de la alimentación, el cuidado de los hijos y las tareas del hogar, mientras que el hombre es el que debe trabajar fuera del hogar y conseguir los ingresos necesarios para la manutención de la familia. Un modelo que confirma la dualidad clásica de la sociedad patriarcal entre el espacio privado y el espacio público, entre las ta-

9 En la base de nuestras prácticas está una incorporación productiva que no es rígida, y va siendo reafirmada y/o modificada por la experiencia a lo largo de la vida de las personas y la historia en el devenir de los grupos sociales. Este proceso está conceptualizado por Bourdieu (1991: 91-111).

reas reproductivas y las productivas. Ahora bien, existen variaciones que, ante estos temas amplían parcialmente las posibilidades de acción – negociación de las mujeres. Así, los “buenos hombres” “ayudan” a sus parejas en las cosas de la casa -mejor cuando no les ven otros hombres, no vayan a poner en duda su masculinidad llamándoles “mandarina”¹⁰; la educación de los hijos *debería* ser una tarea compartida; y en caso de necesidad, una mujer puede “colaborar” en los ingresos de la casa. La posición de privilegio del hombre se manifiesta también en tanto se le reconoce como autoridad última en la familia; así como en que se considere *natural* y la moral sea más permisiva con la infidelidad masculina y el consumo de alcohol y tabaco por parte de los hombres.

En este contexto, las discusiones y peleas de pareja se producen en torno a la educación de los hijos –por el consentir del marido o bien porque utiliza su autoridad para cambiar la orden dada por su mujer –, los problemas económicos, los celos y las borracheras y, en algunas ocasiones, respecto a la incorporación de la mujer al trabajo (Larrea, 2002). En estos conflictos se lleva a cabo la renegociación diaria de los límites prácticos puestos al modelo. De igual manera, la violencia de género, presente con cierta frecuencia¹¹ -la violencia física aparece en los relatos de cuatro de las nueve mujeres de la muestra que tuvieron pareja en Ecuador-, también está relacionada, la mayor parte de las veces, con problemas de celos, alcoholismo (Larrea, 2002; Camacho, 2001: 141) y otras situaciones en las que se pone en cuestión la virilidad masculina. Este modelo patriarcal de relaciones de género no es exclusivo del Ecuador, y muchos de sus elementos pueden ser reconocidos en la sociedad española actual y aún en mayor medida en la de hace unos lustros.

En los casos particulares, las experiencias de los grupos familiares concretos adquieren una complejidad que no tiene el modelo general. Así, a preguntas directas sobre la idea de familia, ésta se describe como nuclear (Herrera y Martínez, 2002). Sin embargo, el día a día de muchas familias contradice esta imagen. En la mitad de los casos que presento, las mujeres han vivido en un hogar ampliado, generalmente en la casa de sus padres o

10 Mandarina es aquel *mandado* por su mujer.

11 Y un tema recurrente en los estudios de género en Ecuador, además de prioritario en las agencias internacionales (Herrera, 2001: 19).

de los de su esposo. Otras viven muy cerca de sus padres y hermanos, o bien de los del marido. Y en todos los casos, la ayuda económica entre los miembros de esta familia extensa es habitual, así como el hacerse cargo momentánea o temporalmente de los hijos de otra mujer de la familia. Estas redes son incluso más importantes en los casos en los que la pareja se rompe, lo que no es inusual -en la muestra que presento un 25% de las mujeres han roto con una o más parejas en su vida en el Ecuador-. Cuando así sucede, el apoyo de sus padres y hermanos es muy importante para la mujer, no sólo en el aspecto emocional, sino también de cara a los aspectos prácticos: tener un techo donde dormir, obtener recursos económicos y / o un trabajo y cuidar de los hijos a la par que se trabaja. Es más, algunas veces es la ruptura de la pareja lo que lleva a la necesidad y /o decisión de migrar y no viceversa, como se deduciría de la extendida opinión pública de que la migración es la causa de muchas rupturas familiares. Como veremos más adelante, este es el caso de Sonia¹².

Por otra parte, muchas mujeres trabajan fuera de casa en Ecuador (Moser, 2001), tanto si son solteras o separadas como si están casadas -el 75% de las mujeres de las que hablo habían trabajado durante largas temporadas en la industria o en el sector servicios en origen. Estas mujeres mantienen sus responsabilidades reproductivas de cuidado de la casa y la familia, y si bien en algunos casos son "ayudadas" por sus maridos, fundamentalmente encuentran apoyo en otras mujeres de su red familiar. Una de las principales razones por las que las mujeres buscan trabajo es la necesidad de recursos económicos para la familia, y esta necesidad ha aumentado de manera considerable con la crisis, la dolarización y el incremento del coste de la canasta básica en Ecuador desde 1997. En el caso de las mujeres casadas, aunque el dinero que ganan sea necesario para completar el sueldo del marido, o incluso el principal aporte económico en la familia -bien porque el marido esté enfermo, se encuentre desempleado o con trabajos irregulares una temporada, o sea un "flojo" o un "irresponsable" (Larrea, 2002) -, es generalmente considerada una ayuda, un complemento.

No podemos olvidar estos factores cuando hablamos de las experiencias de las personas que viven en familias transnacionales. En este contexto, la feminización de la migración económica y que los abuelos, tíos o hermanos

12 Para proteger la intimidad de estas mujeres, todos los nombres son ficticios.

mayores se hagan cargo de sus nietos, sobrinos o hermanos menores, no aparecen como una dramática ruptura de la familia, sino como un paso más en la misma lógica de las prácticas llevadas a cabo con anterioridad. Vayamos adentrándonos ahora, en la diversidad de las situaciones. Comenzando por los casos de mujeres que eran solteras sin descendencia en el momento de iniciar su historia migratoria.

Cristina, María y Alicia.

Los atractivos de una vida nueva

Las historias de Cristina, quiteña, y María, de Guayaquil, tienen algunos paralelismos. Ambas eran solteras y jóvenes, 18 y 21 años, cuando decidieron migrar. Cristina prefirió la migración a la entrada en la universidad que tenía proyectada su familia. María se había puesto a trabajar, dejando sus estudios universitarios, antes de tomar la decisión de migrar. Las dos tuvieron que vencer las resistencias de sus casas, aunque finalmente obtuvieron el respaldo de sus familias. Ninguna tenía parientes cercanos en España. El contacto de María fue una antigua buena amiga, pero en España se había acostumbrado a “vivir de los migrantes”. Abusó de ella y acabaron mal.

Durante el primer año pasó muchas dificultades - entre las que se incluyen noches pasadas en la Plaza de Catalunya -, y el único apoyo que encontró fue en un hombre peruano que es su pareja en la actualidad. Tienen una niña de casi dos años. Por fin, en el verano de 2004, consiguió sus papeles. Posteriormente vino su madre, con quien vive, y quien le ayuda con la niña, ya que debido a su situación irregular y a su edad, le cuesta mucho encontrar un trabajo estable. Cristina, por su parte, llegó donde un conocido de sus padres. Tuvo distintos conflictos con los ecuatorianos con los que convivía. Encontró un primer trabajo en un bar donde le “ayudaron” con los “papeles”. En estos años en España, combinándolo con distintos trabajos, ha conseguido formarse como estilista. Al igual que María, durante el primer año, encontró el mayor apoyo en un joven ecuatoriano, y para evitar los rumores y la desconfianza de la familia en la distancia terminaron casándose. Su madre le pidió que la ayudara a emigrar. Cristina se negó, piensa que no es lo mismo irse soltera que dejar atrás un marido y un hijo pequeño. . .

Éstos son dos casos de *pioneras*, de mujeres con un proyecto migratorio autónomo. Sin vínculos de pareja a la hora de tomar la decisión, ni hijos por los que preocuparse. Cristina hace hincapié en las expectativas e ilusiones que puso en su viaje: tener ropa europea, conocer las modas, los peinados españoles... Pasados los años, dice que en aquel momento sólo pensaba en tonterías, que con la migración ha tenido que madurar muy rápido, que si se hubiese quedado en Quito las cosas hubieran sido muy distintas, como las vidas de sus amigas. María hace hincapié en las dificultades pasadas por el camino, también siente que han marcado su vida. La soledad, la falta de otros apoyos sociales, las hicieron comprometerse muy pronto en España, ambas se sienten un poco desilusionadas por ello. Su proceso migratorio está marcado por ser jóvenes de clase media, y por su género. Buscan el consentimiento de sus padres y obtienen su ayuda para un proyecto personal, no familiar. No tienen la obligación de enviar dinero a casa, aunque las dos lo hacen. Como pioneras, rompieron lazos con la autoridad familiar, sin embargo, tuvieron la contrapartida de la soledad. Ésta les ha llevado a casarse quizás prematuramente. Y dentro de estos matrimonios, deben seguir negociando las posiciones de poder, con un modelo patriarcal que, aunque comienza a ser más flexible, guarda muchas de las características ecuatorianas (Wagner, 2004: 100). Desde su posición de clase media, Cristina hace claras las diferencias entre su situación y la de otras mujeres, y puede mantener la idea dominante de que una mujer que deja atrás a su marido y sus hijos está rompiendo la familia. Además, "ella lo ha visto".

Alicia, por su parte, tiene 28 años y 3 hijos de parejas que tuvo en Ecuador. Su primer marido falleció dejándola con una hija, pero como ella era muy jovencita fueron sus padres quienes la educaron. De su segundo compromiso se separó bastante antes de decidirse a venir, y se dividieron los hijos, el niño se quedó con él, la niña con ella. El padre sigue teniendo contacto con su hija y siempre se ha hecho cargo de sus gastos. Alicia siguió viviendo con sus padres, quienes la protegieron y la siguieron mimando. Cuando decidió venir a España estaba ejerciendo su profesión, es maestra de guardería, no tenía la obligación de ayudar en casa y por tanto el dinero le alcanzaba muy bien para sus gastos. Le costó mucho tiempo y alguna mentirijilla conseguir el permiso de su padre para viajar a España y no a Italia, donde tenía un hermano. Desde que llegó a Barcelona, a principios de 2003, siempre ha tenido algún pariente o amigo en quien apoyarse. En el

momento de la última entrevista llevaba dos meses de compromiso¹³. A su hija la dejó en casa de uno de sus hermanos, su madre no podía hacerse cargo, puesto que ya tenía a los tres hijos del hermano que se encontraba en Italia. Habla con su hija varias veces a la semana. Al principio, las remesas se las enviaba a su hermano, pero como es el padre quien se hace cargo de la manutención de la niña, en la actualidad, las remesas regulares se las envía a sus padres. A su hermano sólo le manda dinero en situaciones puntuales. De momento no tiene fuerza la idea de reagrupar a esta última hija.

Incluyo a Alicia bajo este epígrafe porque, a pesar de tener hijos, su posición de clase media, de continuar siendo la “aniñada” de la familia y dejar en sus manos gran parte de la educación de sus hijos, y tener una ex pareja, que sigue cumpliendo con su papel de proveedor, le permiten adoptar un modelo migratorio en el que prima el proyecto personal y la liberación de la autoridad paterna¹⁴ (Pedone, 2002: 64).

(...) por muchas cosas que pasaron en Ecuador, yo me sentía muy sobreprotegida y yo me dejé, y quise vivir así esa vida, yo no decidía casi nada sino con mis padres, y si ellos me decían ‘no, no’, y esta vez insistí tanto por eso que yo te digo, que sentía como un vacío en mi corazón, en mi vida, que por más que trabajara, que por más que me fuera de paseo por ahí... Porque no bailaba, allá no bailaba ni conocía las discotecas como las conocí aquí.

A pesar de las dificultades del primer año, Alicia se siente satisfecha con su proceso migratorio, con el aprendizaje llevado a cabo y “la libertad” que ha experimentado.

El primer año, por todo lo que me pasaba me sentía mal, pero, al mismo tiempo, sentía también que yo estaba haciendo todas mis cosas por mí misma, que yo misma decidía, que no tenía que depender de nadie, y te-

13 “Tener un compromiso” significa tener una pareja estable y reconocida socialmente sin estar casados.

14 Los casos que traspasan las fronteras de las categorías propuestas por este modelo, permiten tener clara conciencia de que, como todo modelo explicativo, es una construcción para comprender la realidad, y no es, por tanto, determinista. Por otra parte, también nos permiten tener presente que categorías como la de maternidad no tienen consecuencias directas, naturales, en la vida de las mujeres, sino que es su creación y gestión social, la que sitúa a una gran parte de las madres en unos espacios de responsabilidad y jerarquía concretos.

nía más libertad de ir a un lugar, a otro, que yo decía que si me equivoco era por mí misma, o que cogía experiencia por mí misma y no por la experiencia de mis padres, que a veces decían ‘no hagas esto porque esto te va a pasar’, y yo a veces decía, es verdad, mis padres dicen porque saben, y yo ya no lo hacía; pero, no era que yo lo experimentaba por mí misma, me equivoque o no. Acá la diferencia es la libertad, yo sí, desde que llegué me sentí libre, libre, porque sé que no estás ahí controlada por nadie; claro que siempre he tenido alguien que me quiere controlar; pero, así mismo, he conocido gente.

A diferencia de María y Cristina, Alicia contaba con una red de parientes y amigos, ésta le ha permitido ir *saltando* de un apoyo a otro cada vez que se ha sentido demasiado “controlada”, sin experimentar la urgencia de la soledad que llevó a María y Cristina a sus emparejamientos actuales. En el momento de la última entrevista estaba ilusionada, y a la expectativa de su reciente “compromiso”. Estaba en una encrucijada, entre la disminución de su “libertad” y el apoyo y la ayuda mutua que, aunque le hubiera supuesto asumir la carga del hogar, le permitió dejar de trabajar temporalmente, cuando se encontraba mal de salud.

Sonia y Ángela.

Todo por mis hijos

A diferencia de María, Cristina y Alicia, Sonia y Ángela son de clase trabajadora, también son mayo res, las dos tienen más de treinta años, y tienen descendencia en Ecuador. Sonia, tres hijos de su ex pareja de Guayaquil; Ángela, uno del que es madre soltera. La mayor de los hijos de Sonia sufría epilepsia y murió en marzo del 2004. Sonia trabajaba antes de marcharse del Ecuador. Había estado empleada en una camaronera por más de dos años. Trabajaba más de diez horas al día, seis días a la semana. Dos motivos la hicieron migrar, la persecución y amenazas del padre de sus hijos para que volviera con él y el dinero necesario, especialmente para el tratamiento de su hija:

Ahora que yo me vine, me vine por el padre que ya me fregaba mucho la vida ya, yo ya no podía ahí, porque yo trabajaba y me perseguía donde fuera, me seguía, y nunca ayudaba a sus hijos, él quería volver conmigo, pero

yo le dije, no yo no, porque ni siquiera ayudaba a sus hijos. Su hija necesitaba pastillas, no tenía, nunca tenía, sólo mis padres y yo, nunca tenía nada, pues entonces mi madre hizo lo posible para que yo viajara, que me viera. Me daba mucha tristeza dejarla, más a ella porque estaba así, toda la noche pasó conmigo acostada, no me soltaba y yo ya me tenía que venir, eran las 3 de la madrugada, y me decía ‘mamita no te vayas’. Es lo que me duele más, haberla dejado, y no haberla podido ver más, y ella me pidió que no la dejara [llorando] y, como me dicen aquí que yo no me debo de culpar; porque yo me culpo de que entonces mi hija se puso peor, se fue haciendo peor más, más cada día y me pedía que regrese, pero no podía. Es que yo no tengo papeles; y si yo me iba, ya no podía volver, y como yo trabajaba para mandarle, si yo todo lo que he trabajado es para mandarle las medicinas [...] Estuvo internada como 3 ó 4 meses, ella me pedía que vaya, ella casi no podía hablar pero yo le sentía como me decía que vaya, y yo hijita espera, pronto voy, pero si yo estoy trabajando para darte y si yo estoy allá qué hago. Mi desesperación era más grande porque ¿cómo trabajaba si estaba ahí y no tenía dinero para las medicinas? Y todo me tenía mal porque mi hija mal allá y yo mal, y no sabía cómo hacer para volver, pero mi madre me decía no vengas Sonia, qué haces con venir, nosotros necesitamos el dinero para ella, tú ves que el padre no le da nada.

A pesar de la importancia del dinero que enviaba; pese a los impedimentos políticos, por hallarse en situación irregular, que no estaba en sus manos solucionar, Sonia se ha sentido culpable de no haber estado con su hija, cuidándola. La culpa de Sonia en esta situación es un claro caso de violencia simbólica¹⁵ y estructural. El padre no estaba cumpliendo su rol de proveedor y, al parecer, no se sentía culpable por ello. Sonia, entonces, como muchas otras mujeres, ha tenido que ejercer el doble rol, delegando a su madre la mayor parte de su papel de cuidadora; incluso en estas circunstancias se siente culpable –un sentimiento mucho más próximo a las mujeres que a los hombres– de no llevar a cabo su rol específico de atención. Aquí está la violencia simbólica. En su condición de inmigrante irregular que no le permite una vuelta temporal a Ecuador –dada la exigencia de un visado que no

15 Llamo violencia simbólica a una “violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (Bourdieu, 2000: 12). Y “violencia estructural” a aquella ejercida por las condiciones materiales, políticas y económicas sin que haya un actor concreto, visible.

conseguiría para retornar a España— para estar con su hija en los últimos meses, o con su familia en el funeral. Ahí está la violencia estructural.

En España, Sonia ha encontrado una nueva pareja. Es, en sus palabras, un "buen hombre", y la ha apoyado mucho en esta triste etapa de su vida. Él dejó a su pareja en Ecuador, la relación parecía rota con anterioridad. Entre ellos, es Sonia la que se encarga de la comida y de la casa. Han tenido una hija. Durante el embarazo y desde el parto, ella no trabaja jornada completa.

Ángela, por su parte, también tuvo el apoyo de su familia para migrar. Un apoyo que fue todavía más importante cuando no le dieron la espalda al quedarse embarazada de un hombre que no quiso hacerse cargo de la situación. Se vino cuando murió su madre; en los últimos años, atenderla y llevarla a los distintos médicos había sido su mayor preocupación. Fue el hermano mayor, a quien a su vez, los padres habían ayudado a migrar, quien le prestó el dinero y la asistió al principio. Consiguió regularizarse muy pronto. Trabaja duro, entre semana e incluso los fines de semana. Su hermana y su padre cuidan de su hijo. Ángela duda de traérselo; por una parte, ella quiere estar con él, por otra, trabaja tanto... y además, su padre dice que se pondría muy triste si también se lo llevan a él, se ha criado en su casa desde que nació. Ella mantiene un contacto telefónico regular, le manda regalos, y ha ido dos veces de visita, con tres años de diferencia. Ha vuelto en enero, y está muy triste, piensa que no volverá a dejar que pase tanto tiempo sin ir. Está construyendo una gran casa, labrándose una seguridad para el futuro, puesto que es "ella sola", una seguridad para ella y para su hijo.

En los casos de Sonia, Ángela y muchas otras mujeres de clase popular que pasan por situaciones monoparentales, los factores económicos claramente entrelazados con su posición de género, intervienen en su decisión de migrar. Son mujeres como ellas las que sufren los procesos de feminización de la pobreza (Monreal, 1996). Ellas, sin embargo, gracias al apoyo de sus familias —que no están, ni mucho menos, en condiciones de extrema pobreza—, y a tener abierta la estrategia de la migración, han podido sortear, en cierta medida, la pauperización, y entrar a formar parte en su lugar, en otro proceso de feminización. No el de la pobreza, sino el de las migraciones.

Si en los casos de Cristina y María, la imagen difundida de la familia deshecha por la migración no se cumplía, al no ser ellas madres de familia, en este caso tampoco se cumple. Pero por una razón muy diferente: la *familia nuclear* o estaba rota, o no había llegado a existir en el momento de la

migración. Es más, en la historia de Sonia se evidencia claramente cómo son la ruptura de la pareja y la violencia a ella asociada dos de los factores que la llevan a “viajar”, se evidencia asimismo cómo la migración se convierte, hasta cierto punto, en una estrategia de género para cortar con una relación violenta en la que teme por su vida.

Hay otra familia que cobra una clara importancia en el proceso migratorio. Es la *familia extensa* de estas mujeres. En el caso de Sonia, no es sólo que sus padres apoyen la decisión de migrar. Su madre le propone migrar, le apoya y le respalda cuidando de sus hijos en todo el proceso, e incluso la anima / presiona a no echarse atrás en los momentos de crisis. Si no hay un hombre que se haga cargo, es la mujer la que debe hacer todo por sus hijos. En el otro caso, el de Ángela, ella también cuenta con el apoyo y la aprobación de su familia. Con su madre fallecida, es su hermana la que lleva la responsabilidad de cuidar de su hijo: como decía, la crianza y atención de los pequeños son tareas claramente femeninas. En esta situación, el hijo de Ángela se ha convertido en un vínculo que fortalece las relaciones de la familia extensa en situaciones de transnacionalidad. Es por eso que el padre de Ángela no quiere que el niño se vaya. Teme explícitamente que cuando madre e hijo estén juntos en España, se pierda en gran parte el vínculo emocional con su hija y su nieto. Y, probablemente, tenga un miedo implícito a que con ello también se pierdan vínculos más prácticos de apoyo y sustento. Estas pérdidas no son sólo imaginarias, miedos infundados. La madre de Sonia tiene otra hija migrante, que ha reagrupado a su familia, todos opinan que la migración “le ha cambiado”. Sonia, por ejemplo, le dice a “su papi”:

Le digo, mi hermana ha cambiado aquí, su marido me decía a mí que yo casi no debo mirar por ustedes pero a mí eso me duele porque es mi hermana y no puedo creer que por el marido haya cambiado.

El valor simbólico y práctico de los hijos como vínculo con la familia y la tierra natal, puede ser jugado por otras personas: los padres de las criaturas. En el caso de Sonia, el padre de sus hijos en Ecuador impide que se los traiga a España. Tiene la certeza de que mientras los hijos sigan en Guayaquil, Sonia volverá a buscarlos y él tendrá una nueva oportunidad para regresar con ella. Es por estas presiones que Sonia procura ocultarle su nueva relación y el nacimiento de su hija; teme que, de enterarse, ya nunca le permi-

ta reagrupar a sus hijos. En este caso, los juegos microsociales de poder se combinan con las dinámicas macroestructurales de la migración internacional en las que las condiciones laborales y de irregularidad tampoco facilitan la reagrupación madre-hijos.

Sonia, al igual que Alicia, Cristina y María, ha conseguido una nueva pareja (otras mujeres vienen con una segunda pareja ya desde Ecuador). Y al igual que en los otros casos, por más que sea con un "buen" hombre que la apoya en todo, la distribución de tareas y de poder sigue las líneas generales del modelo patriarcal anterior. Son muy pocas las mujeres ecuatorianas que se atreven a asumir la soltería. Ángela no confía en los hombres, en que no se acerquen a ella por el interés: buscando sus papeles, su dinero, un espacio en el piso que tiene alquilado a su nombre, o simplemente diversión sexual. Fue así en su única experiencia. En la situación de Ángela hay que ser muy fuerte, pues la seguridad en un futuro, suya y de su hijo, no es una responsabilidad compartida, debe cargarla entera a sus espaldas, debe trabajársela *sola*.

Carol, Soledad y Teresa. Reunir a la familia

En la experiencia de las mujeres casadas, podemos encontrar grandes diferencias en las relaciones de género dentro de la familia, según cuál de los dos sea el primero en emigrar. El mayor tiempo acumulado en el país de destino por parte del primer migrante, le permite construir un conocimiento y obtener unos recursos con los que el otro no cuenta en el momento de la reunificación. La gestión de esta diferencia de recursos es crucial en la renegociación de los roles y en las posiciones de poder de la pareja, especialmente cuando en el nuevo contexto, la red social no es lo suficientemente densa para asegurar el mantenimiento de los roles que tenían en Ecuador. Una red social y familiar que, de ser mucho mayor o mucho más cercana a uno de los miembros de la pareja, es otro elemento clave en dicha renegociación.

Carol es una mujer de 28 años que tiene dos hijos: la mayor nació en Ecuador, el menor nació hace dos años, ya en España. Allá vivía en Quevedo, una de las principales ciudades de la zona agrícola del sur de la Costa. Vino siguiendo a su marido y trajo a su hija un poco más tarde. Cuando lle-

gó, ella no tenía familia aquí, sólo estaba la familia de su marido. Durante el primer año trabajó fuera de casa, pero desde que nació su hijo no ha vuelto a trabajar. Carol está contenta con su marido y muy orgullosa de cuidar de él. Como cuando comenta que es la única esposa que lleva la comida recién hecha al trabajo a su marido. Él ha “ayudado” a varios miembros de su familia extensa a venir a España, incluida su madre. Ella sólo ha “traído” a su hermana, Isabel. Carol no envía remesas a sus padres, dice que no se lo pueden permitir.

Teresa es una mujer casada de 34 años. Tiene dos hijos varones en Quito y acaba de ser madre de una niña en España. Cuando su hermano iba a ayudarla a migrar, su marido decidió que él lo hacía primero. Fue hace cinco años. Ella no dejó de trabajar, bien como *pinche* de cocina, bien en la costura, y además, cuidaba de sus hijos. Como su marido que no había conseguido los papeles, dejó de enviar dinero, ella decidió venirse. Su hermano le dijo que es que aquí un hombre solo..., que seguro que se estaba gastando el dinero en “trago” y que se había conseguido alguna mujer. Ella dice que en “trago sí, pero lo de la mujer no, que son los malos pensamientos de su hermano, que él habrá sido así, pero su marido no”. En el momento de venirse ella quería traerse a los niños, su marido le dijo que esperaran un poquito para juntar el dinero. A finales del verano de 2003, cuando se comenzó a exigir visado a los ecuatorianos, todavía no lo habían hecho. Las cosas en España no han ido bien económicamente. Ella ha trabajado mucho en una casa en la que no era bien pagada, no podía dejarla, ya que su marido no tenía trabajo estable. Viven en Madrid, donde están las hermanas del marido. Ella tiene a dos de sus hermanos en Barcelona, y aquí se siente sola. Sus hijos mayores están en Quito, con su hermana y su papi. Hablan varias veces por semana, y cuando hay algún problemilla, todavía más. Siguen queriendo traerlos, “se están haciendo mayores y allí..., a veces mi hermana no puede controlarlos...”.

Soledad es una quiteña de 37 años. Ha formado parte de distintas iglesias evangélicas y tiene una fuerte fe. Es madre de dos hijos, ambos nacidos en Ecuador. Allí se formó y trabajaba de odontóloga. En Quito, su marido la maltrató físicamente en algunas ocasiones. Él migró primero. Unos años más tarde, a principios del 2003, cuando él ya estaba regularizado, Soledad se vino a España con sus hijos, la mayor echaba de menos al padre, ella quería rehacer la familia, porque lo consideraba lo mejor para sus hijos. Sus pa-

dres se oponían a que se fuera, dejando una prometedora carrera laboral y alejándose de ellos. Una vez en España, la relación de pareja fue bastante difícil, entre las amenazas de su marido se incluía la denuncia por no tener papeles. En la actualidad, su marido la maltrata verbalmente pero ya no físicamente, por miedo a ser denunciado. Ella ya tiene permiso de residencia y trabajo, y en el último año ha conseguido dos empleos como auxiliar de odontología. Sigue el proceso por convalidar su título. No tiene familia en España; su marido, por el contrario, sí tiene algún hermano. Soledad habla con sus padres habitualmente, les envía regalos, no remesas puesto que no las necesitan, ellos siguen siendo su apoyo emocional, también práctico, como cuando le enviaron todos los papeles firmados y sellados que necesitaba para la convalidación de su título de odontóloga. Soledad sigue aquí por el bien de sus hijos, piensa que en España pueden tener unas oportunidades para el futuro que Ecuador no les da, especialmente su hija: que tenga unos buenos estudios, que pueda viajar, que sepa desenvolverse, y que se case con un buen marido que la deje decidir sobre su vida...

Estos tres ejemplos muestran la diversidad que podemos encontrar, incluso dentro de este patrón de migración femenina que no es autónomo sino por reagrupación. Un patrón clásico, y el predominante para las mujeres de la Sierra Sur, quienes se habían ido reuniendo en Estados Unidos con sus maridos, principalmente entre 1980 y 1995 (Camacho, 2004: 312). Un patrón también presente, que no se puede desestimar en el proceso migratorio entre Ecuador y España.

Esta es la situación en la que la dinámica de género puede mantenerse más intacta, o incluso pueden recrudecerse las desigualdades de poder en la etapa inmediatamente posterior a la llegada de la mujer. Esto se debe a que es el hombre quien tiene el control de la situación en el momento de la reunificación familiar. Más aún, cuando como en los casos de Carol, Teresa y Soledad, tienen muchos más familiares en destino que ella. En la relación entre Carol y su marido, el conocimiento y los recursos adquiridos por él antes de su llegada, le han permitido mantener la dinámica de género que llevaban en Ecuador. Una dinámica de la que ella se siente orgullosa -*mejor que otras mujeres*- de mantener.

En el otro extremo, en la experiencia de Soledad, la violencia de género, que ya había existido en Ecuador, reaparece con la reagrupación. La diferencia radica en que, en ese momento, Soledad está en una situación más

vulnerable: empezando el proceso de adaptación a un nuevo país donde se siente discriminada, sin los conocimientos ni los recursos necesarios, en una condición legal precaria, lejos de la protección de su familia de origen, sola.

En la experiencia de muchas mujeres que en ese primer momento no tienen dinero, ni saben dónde cambiar los dólares que trajeron, cómo usar el transporte público, dónde buscar trabajo, la vulnerabilidad es muy fuerte y, más aún, en la medida en que no pueden utilizar los recursos con los que normalmente hacían frente a la violencia en Ecuador, como el apoyo de su familia de origen y las separaciones intermitentes¹⁶. Un año más tarde, cuando Soledad ya tiene permiso de trabajo y residencia, y está adaptada a la vida española, la situación ha cambiado. Al menos la violencia física ha desaparecido.

En la actualidad, la violencia de género en España, protagonizada no por los inmigrantes sino por los autóctonos, es una de las principales preocupaciones sociales. Tiene una alta visibilidad mediática y genera numerosas actividades políticas, policiales y de programas sociales. Sería muy importante contar con estudios en profundidad sobre los efectos de esta situación en las experiencias de las migrantes ecuatorianas. Si bien es cierto que no son muchas las inmigrantes que finalmente hacen uso de estos recursos (Camacho, 2004: 321), en varios de los relatos que yo he recogido, después de un periodo de vida en España, las mujeres ecuatorianas utilizan esta información pública, e incluso amenazas de llamar a la Policía –tengan o no tengan los “papeles” – para disuadir a sus maridos de los actos violentos.

La autoridad masculina también se ve fortalecida en un proceso en el que es el marido quien toma la primera decisión y la iniciativa. En el caso de Teresa está claro, su hermano la iba a ayudar a ella, pero su marido decide que él es el que se va primero. El padre de familia mantiene su rol de proveedor y se marcha para mejorar la situación económica. La función de la migración femenina es, principalmente, la de garantizar la unión de la familia. Si, llegado un momento, no siguen al marido, es su responsabilidad

16 A diferencia de lo planteado por otras investigadoras para otros grupos de migrantes femeninas (Abdulrahim, 1993; Bolsón, 1999; Hitos, 1993; Matsuoka y Sorenson, 1999 y Szczepaniková, 2004) en el caso de las parejas ecuatorianas no considero que la violencia se intensifique debido a la falta de poder y control de la situación por parte del hombre y su consiguiente frustración. Es una violencia en la misma lógica que la que tenía lugar en Ecuador, sólo que en un momento en el que la mujer es más vulnerable.

lo que pase después. Es su obligación reunir a la familia, evitar, en la medida de lo posible, que el marido pase solo más tiempo de la cuenta. Ya lo dice el hermano de Teresa: un hombre no *puede*, no *sabe* estar sólo, tarde o temprano *necesita* y *busca* otra mujer. Tarde o temprano puede olvidarse de su familia y darse a la buena vida, al trago, a las mujeres o a las dos cosas. Mientras tanto, la mujer es responsable de velar por los intereses de sus hijos, evitar la ruptura del vínculo por el hombre proveedor, y cuidarse de que el dinero siga llegando; lo gane su marido o lo gane ella. Está en sus espaldas que no se rompa ese “proyecto vital, conjunto” de familia transnacional “con compromisos a largo plazo” (Herrera, 2004: 222).

Como puede verse, nos encontramos ante otro caso en el que la migración de la mujer no da lugar a fractura familiar, sino que, por el contrario, busca la unión, la re-uniión. Este es, junto al modelo de las mujeres solteras sin hijos, el más habitual dentro de la clase media, como ejemplifica el caso de Soledad. Aunque también puede llevarse a cabo dentro de familias de clase popular, como la de Teresa. Es el modelo más acorde con las ideas hegemónicas, y desde él se censura no a la mujer migrante, sino a la que no siguió a su marido.

El objetivo final es la reunificación de toda la familia nuclear. Y si hay la necesidad de que los hijos comunes se queden en Ecuador, siempre se considera una medida temporal, lo más corta posible. Lo ideal es que viajen con su madre, más habitual a mayores recursos económicos. A veces, como le ocurre a Teresa, la situación laboral, económica y legal retrasa su llegada más de lo previsto. En estos casos, en los que algo temporal se va alargando en el tiempo, la solidez del compromiso de la familia extensa es fundamental, porque además de alargarse, la responsabilidad puede ir acompañada de retrasos o disminuciones o ausencias temporales de las remesas –si el compromiso se rompe, son los niños los que acaban en una situación muy vulnerable–.

Por lo demás, con la reagrupación final de todos los hijos, en muchas ocasiones, los vínculos con la familia extensa van disminuyendo, como las remesas. La familia puede ir rompiendo lazos con el origen, *nuclearizándose* –a este proceso se refieren las familias ecuatorianas cuando hablan de que la gente “cambia” en España–. Ahora bien, no sucede igual con aquella parte de la familia extensa que está en España, con ella la convivencia suele ser estrecha, incluso compartiendo casa. Una familia que, tanto para Carol, Soledad y Teresa no es la propia, sino la del marido.

Doris, Isabel, Gloria y Eliza.
Muchas tensiones, pocos finales felices

En la economía actual –globalizada, con los procesos productivos flexibilizados y localizados en los países de la periferia, y una polarización de los servicios en las ciudades (Sassen, 1998) – la demanda de trabajo femenino en el mercado del sur de Europa ha dado lugar a un patrón migratorio en el que las mujeres son las primeras, y en muchas ocasiones, las únicas migrantes de la familia. Cuando la mujer se marcha y el hombre se queda, los roles de género son trastocados, el modelo patriarcal hegemónico puesto en crisis, y generalmente todos –maridos, mujeres e hijos– pasan momentos difíciles¹⁷. Conozcamos las historias de estas mujeres.

Isabel, la hermana menor de Carol, lleva en España poco más de un año. En Quedo dejó a su marido y a sus dos hijos viviendo con su familia, y los echa mucho de menos. En España trabaja en una casa, limpiando y cuidando a los niños, antes seis, ahora cinco días a la semana, doce horas cada día. Los fines de semana vive con la familia de su hermana, y también colabora con ella en la casa. La primavera del 2003 ella decía que se iba a regresar pronto, y que no iba a volver a abandonar a su familia. En junio fue a Ecuador, la familia con la que trabajaba la había ayudado a conseguir el permiso de trabajo y residencia. Un mes más tarde, estaba de vuelta. Dentro de su red social la opinión es clara, tal y como están las cosas en Ecuador, con un marido que no encuentra trabajo, la familia necesita de su trabajo, no puede desaprovechar esta oportunidad, tiene que ser fuerte.

Doris es una mujer de origen guayaquileño. Lleva cuatro años en España, sin su marido ni sus hijos. Su hermana también trabaja en Barcelona. No se ven cuanto quisieran, trabajan cuidando ancianos y sólo tienen algunas tardes o noches libres. Su situación en España no está regularizada. En Ecuador también había trabajado, en hostelería. Su ilusión es volver con el dinero suficiente para montarse un restaurante. Habla mucho con su mari-

17 Resulta llamativo que no sea en los entornos en los que la migración femenina autónoma sea mayor, como Guayaquil, sino en las provincias del sur de la Sierra, en las que predomina el patrón de reagrupación familiar, donde el rechazo, la visión negativa de la migración, y la estigmatización y sufrimiento de los hijos de los migrantes está más arraigado (Carrillo, 2004; Pribilsky, 2001). Habría que preguntarse si además de la amplitud del periodo de emigración, hay otros condicionantes regionales, como podrían ser (hipótesis) unos modelos de género y familia más tradicionales, con una implicación más fuerte en las prácticas de las comunidades.

do, que está muy mal y le pide que los lleve con ella. Él, ahora, no trabaja. Doris piensa que no es posible. Con el coste de la vida en Ecuador puede mantenerlos, en España sería mucho más difícil. Por otra parte, él no se acostumbraría, aquí hay más control, no se puede dejar a los hijos pequeños solos para ir a tomar, ni llevarlos por la noche a los bares, y ella, con su horario de trabajo, no puede hacerse cargo de cuidarlos. La hija mayor, de 16 años, que se ocupaba de la casa y ayudaba a su papi con los hermanos, se ha quedado embarazada y se ha ido con el novio. Doris piensa que si ella hubiese estado allí esto no habría sucedido.

Gloria es una mujer de 45 años, de una pequeña zona urbana de la Sierra, al norte de Quito. Tiene ocho hijos, los dos mayores de una primera unión y seis más de su marido actual, la menor tiene 5 años. Una de las hijas, la de 8 años, es discapacitada. De los ocho, seis viven con ella y su marido, el mayor ya se independizó, y la mayor de las hijas de su actual marido vive con los abuelos paternos, que se encargan de su manutención y sus gastos. La situación económica familiar es precaria. La relación de pareja tampoco es muy buena, cuando toma de más, el marido busca pelea, y es violento. Gloria estuvo dos años en España, entre 2000 y 2002, y trabajó interna en varias casas. Decidió volverse a Ecuador a raíz de una fuerte discusión con su última patrona, en dos meses estaba de vuelta. Había ganado suficiente dinero como para preparar, siguiendo los planes del marido, la casa en la que viven ahora. Antes vivían con los padres de Gloria. Mientras ella estaba en España, el marido se hizo cargo de los hijos. Su hijastra, la hija mayor de Gloria, se encargaba de las tareas domésticas. Cuando llegó, su hija menor no la reconocía.

En la actualidad, Gloria trabaja en casa, haciéndose cargo de las tareas domésticas, cocinando y cosiendo cosas para vender, lo que se gana no alcanza. Gloria quisiera volverse a ir, y está buscando los medios. Dice que necesitan el dinero. Pero toda su familia: su marido, su hija mayor, los niños pequeños, su madre y su suegra, opinan que debe quedarse, que su familia la necesita.

Como podemos ver, Isabel, Doris y Gloria, están en momentos vitales y muy diferentes, del proceso migratorio. Isabel lo está comenzando, Doris lleva ya una temporada y todavía no piensa en volver, y Gloria ya regresó, aunque le gustaría volver a migrar. En todas las ocasiones el factor económico es determinante, su trabajo y su dinero eran necesarios en la casa. Con

todas y con eso, no siempre es una decisión exenta de *razones de género*. Como en el caso de Gloria, para muchas mujeres migrar es una manera de poner fin a una situación de maltrato de género sin evidenciar la ruptura familiar. Sin tener que hacer frente a las presiones sociales que dirían que tienen que aguantar. Con una estrategia culturalmente abierta y una justificación valorada, la económica. Con las ventajas económicas del trabajo en el exterior frente al nacional, y teniendo a un marido que, al menos en un principio, se responsabilice de la prole.

En la mayoría de las ocasiones, la opción por este patrón migratorio es una causa de tensiones para todos. Ellas lo pasan mal por la soledad de su trabajo. Dedicar muchas horas a realizar las labores de una casa ajena, con escaso contacto con gente a la que no tengan que cuidar, y echan de menos a su familia, a sus vecinas, a sus amigas y compañeras del sector. Por no volver a hablar de la violencia simbólica del sentimiento de culpa. En las ocasiones que no encuentran trabajo rápidamente, o si no ganan lo suficiente para pagar las deudas, las cosas pueden ser todavía peores.

Ellos también entran en crisis. Muchos tienen que aguantar las bromas de sus compañeros de trabajo y amigos, que si porqué no dejan de trabajar, que si son unos mantenidos... En algunas ocasiones, sí que es cierto que no tienen trabajo y que viven gracias al dinero que manda su mujer, como en el caso de la familia de Doris. Otras veces, la preocupación por sus hijos, los hace cambiar la forma de organizar el tiempo libre para estar con ellos. En muchos casos, esta situación crítica llega a su fin con su propia migración, sea para ir al lado de su mujer o sea en otra dirección donde tienen redes de hombres que les ayuden a encontrar un trabajo de hombres. En otras ocasiones, terminan por buscar un nuevo compromiso, pudiendo llegar a desentenderse de los hijos. Algunos permanecen en esta situación temporal, por épocas más indefinidas. Tener un puesto de trabajo, una relación sólida y comunicación frecuente con su mujer, y algunos ratos de buena vida —entre trago y alguna aventura¹⁸— les ayudan a mantenerse firmes.

Dado lo reciente del proceso migratorio, pocas de las historias que yo he recogido en mi trabajo de campo comienzan hace más de cinco años. En

18 Tanto en Ecuador como en España los hombres y mujeres separados dentro de la familia transnacional pueden contraer nuevos compromisos de pareja, relativamente estables, que no implican la ruptura con la pareja migrante. Esta situación la está profundizando Pilar López (2004) en su trabajo de campo actual.

la mayoría de los casos, nos encontramos con que la separación no se ha resuelto todavía. Ellas siguen pensando en volver cuanto antes, y ellos siguen esperando, o diciendo que esperan. Algunas veces, ellas han vuelto, como en el caso de Gloria. En contadas ocasiones ellos se han reagrupado, como veremos en el último caso, el de Eliza.

Ellas vuelven, en ciertas ocasiones. Sería muy interesante contar con estudios estadísticos y en profundidad sobre la migración de retorno en este nuevo proceso migratorio. Se podría analizar, entonces, si existen diferencias significativas por género, tanto en las proporciones como en las opiniones ante este tipo de procesos migratorios; si se confirma o no una tendencia a la que mis datos cualitativos apuntan: las mujeres regresan más que los hombres. Como en el caso de Gloria. Una vez que Gloria ha vuelto, su familia ya no ve en el transnacionalismo una vía posible. Toda su red familiar la presiona para que no vuelva a marcharse. Una vez que ha regresado, los conceptos y la praxis hegemónica de la familia y la maternidad se imponen, pese a que ella quiere volver a migrar.

En el caso de Isabel, al contrario, al haber conseguido un buen trabajo, estar enviando un buen dinero y tener "los papeles" –lo que además, posibilitaría una futura reagrupación familiar– su proceso migratorio ha sido un éxito para la familia. Una familia, por otra parte, que tiene que hacerse cargo, en lugar de cuatro hijos menores de doce años - una de las cuales es discapacitada - sólo de dos. En ambos casos, la familia, y no exclusivamente la nuclear, tiene mucho que opinar, decir y presionar, en los procesos migratorios de sus mujeres (Goycochea y Ramírez, 2002: 39) en una arena en la que se ponen en juego las posiciones de poder de sus miembros, el capital simbólico y las condiciones materiales de existencia, especialmente después de que ya se tiene experiencia de lo que significa la migración en la práctica, para cada uno de los implicados.

La historia de Eliza es una de las pocas que conozco, en la que el hombre ha seguido a su mujer. Es una narración esperanzadora. Eliza tiene 29 años. Llegó a España hace casi cinco. Ella llevaba tiempo trabajando fuera de casa. Pero el dinero no alcanzaba, a veces su marido no encontraba trabajo, y además, la situación de pareja no era buena. Eliza hubiese preferido que el primero en migrar hubiera sido su pareja, pero él no se atrevió. Ella dejó a su marido y a su hija viviendo con la familia de ella, y encomendó a su hermana que cuidase de su hija, por si su padre no lo hiciera. En Espa-

ña, hasta el momento, siempre ha trabajado con la misma familia. Ellos le ayudaron con los papeles de él, quien se vino con permiso de trabajo un año después de Eliza. Y al poco tiempo, trajeron a su hija. Después de varios intentos, este enero Eliza y su hija han conseguido los permisos. Así cuenta ella su relación de pareja:

Él se dedicaba al deporte, y allí bueno, allí como no hay lavadora para la ropa, pues tenía yo que quedarme lavando la ropa los fines de semana. Así que no nos comunicábamos, éramos marido y mujer pero extraños, como extraños porque no nos comunicábamos. Yo me quedaba en la casa con la niña. Allí es lo normal eso, ver que el marido hace lo que él quiere y en cambio la mujer a la casa, que nunca sale y nunca van a ningún sitio. Sólo los hombres van y lo hacen. Ellos sí que pueden estar fuera de casa y jugar hasta las tantas; o sea, reunirse con los amigos, pero una mujer no. En cambio aquí han cambiado muchísimo las cosas, nos comunicamos más, estamos más juntos y hablamos. Y bueno, si yo tengo algo que decirle, lo que no me gusta, le digo y él también me dice. No sé, aquí hemos cambiado, tanto él como yo hemos cambiado pero para bien, y con la niña igual [...] Es que aquí hay poco tiempo. Yo creo que los mejores amigos aquí son los que están en casa. Yo tengo a mi lado a mi marido y es al único que puedo confiar mis cosas. Se convierte más en mi amigo, en mi cómplice. Y yo también igual, porque cuando él vino no conocía, no sabía nada y yo le cogía, vámonos por aquí, vamos a conocer esto, y luego ya nos fuimos abriendo también, conociendo. Es como que allá no nos conocíamos, y aquí en cambio ya hablamos [...] Lo que yo hice, lo primerito que hice cuando él vino, es sentarme con él a hablar, porque como aquí más o menos a mí se me fue el miedo que yo tenía. Yo tenía como un miedo, a él, no era sólo respeto, sino miedo que le tenía, más miedo que respeto, allá; pero, cuando ya vine aquí como que el miedo se me fue. Es que sí no, no vamos a funcionar, yo no quiero vivir mal, o sea, no quiero vivir sintiéndome así siempre, entonces yo tengo que hablar con él para que él cambie [...] Y ahora él me respeta y yo le respeto, en cambio, allá era distinto, y el cambio se nota, porque aquí igual, hasta para trabajar, los dos aportamos dinero a la casa, él también a veces, claro que ahora sí que se ha vuelto un poquito que no me ayuda en la cocina, porque él cocinar sí, sí que cocina, lo que ahora como está la hermana, si no hago yo hace mi cuñada, como está ahí la hermana pues él ya se sienta nomás, pero bueno a veces le digo tú si que estás de rey, tienes que lavar los platos hoy, entonces se pone y lava los platos y eso, sí que estamos mejor.

Mucho después, Eliza me ha contado que el cambio no fue tan fácil ni tan rápido, que cuando su marido vino quería seguir comportándose como en Ecuador, y a veces discutían fuerte. Cuando estaban cambiándose de casa vino el peor momento, había mucho trabajo; sin embargo, él no estaba dispuesto a perderse su partido de fútbol, ni a esperarlas, ni a llevarse él solo a la niña. Allí Eliza saltó, él le puso la mano encima, y ella dijo que eso nunca más, estaba decidida a irse de la casa. Finalmente, él le pidió que no se fueran, que no le dejaran solo. Y desde entonces, llevan tres años mucho mejor. Con todo esto, Eliza ha realizado con su migración un proceso de empoderamiento: se ha vuelto más segura, ha adquirido recursos que su marido no tenía, y esto ha cambiado, en buena medida, las dinámicas de género en la familia. En ese sentido, pese a que extrañan a sus familias y las montañas de su lindo Quito, ahora son más felices como familia.

A lo largo de estas páginas he querido constatar lo diferentes que pueden ser los modelos que se esconden detrás de la migración femenina. He procurado resaltar su interacción con las dinámicas de género, concluyendo que la migración de las mujeres, nunca puede separarse de las condiciones propias de sus posiciones dentro de la familia y en una sociedad patriarcal. Los factores económicos y de género se entrelazan y condicionan mutuamente en las decisiones migratorias de las mujeres. Hemos visto que la relación entre la migración y la fractura familiar no es unívoca, sino bidireccional, que hay situaciones en las que la migración en lugar de ruptura supone reagrupación, y que los factores que subyacen a la separación de una pareja son múltiples, e irreductibles a la migración femenina. Y he querido ilustrar cómo la familia extensa, en Ecuador, sigue teniendo la solidez y vigor necesarios para permitir todo este variado conjunto de migraciones de mujeres.

Sin duda, hay patrones de migración femenina, como el de las mujeres solteras sin hijos y el que se da en los procesos de reagrupación familiar, que son más compatibles con el modelo hegemónico de relaciones de género que se esconde en la abierta censura a las mujeres migrantes. Éstos son los patrones seguidos más frecuentemente por las mujeres de clase media que deciden migrar. Mientras que el más transgresor del modelo, es el de las esposas migrantes. Necesitamos esperar más para conocer sus repercusiones históricas, puesto que, por el momento, son muchas las narrativas que nos hablan de una tensión permanente, de experiencias dolorosas en ambos sen-

tidos, y de una situación que no se ha resuelto, en *stand by*. El *final feliz* de la historia de Eliza, no es, ni mucho menos, la pauta general.

Bibliografía

- Abdulrahim, D. (1993). "Defining gender in a second exile: Palestinian women in West Berlin". En: G. Buijs, ed., *Migrant women. Crossing boundaries and changing identities*. Oxford, Berg.
- Acosta, A., S. López Olivares, D. Villamar (2004). "Ecuador: oportunidades y amenazas económicas de la emigración". En: F. Hidalgo, ed., *Migraciones. Un juego con cartas marcadas*. Quito, Abya Yala.
- Anthias, Floya y Gabriella Lazaridis, eds. (2000). *Gender and migration in southern Europe. Women on the move*. Oxford, Berg.
- Aubarell, Gemma (2000). "Una propuesta de recorrido bibliográfico por las migraciones femeninas en España". *Papers*, No. 60: 391-413. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona. <http://www.bib.uab.es/publications/>
- Borderías, C. (1993). "Emigración y trayectorias sociales femeninas". *Historia Social*, No. 17: 75-94. Valencia, UNED.
- Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*. Madrid, Taurus Ediciones.
- _____. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Camacho, Gloria (2001). "Relaciones de género y violencia". En G. Herrera, comp., *Estudios de género*. Quito, FLACSO-Ecuador.
- _____. (2004). "Feminización de las migraciones en Ecuador". En: F. Hidalgo, ed., *Migraciones. Un juego con cartas marcadas*. Quito, Abya Yala.
- Carrillo, Cristina (2004). "Impactos de la migración en los jóvenes hijos e hijas de emigrantes. Ecuador". *II Conferencia regional: migración, desplazamiento forzado y refugio. Ponencia de congreso*. Quito, Universidad Andina Simón Bolívar.
- Chant, Sylvia, ed., (1992). *Gender and migration in developing countries*. London, Belhaven.
- Delegación del Gobierno para la Extranjería y la Inmigración (1999). *Anuario Estadístico de Extranjería. Año 1999*. Madrid, Ministerio del Interior.
- _____. (2002). *Anuario Estadístico de Extranjería. Año 2002*. Madrid, Ministerio del Interior.

- Escrivá, Ángeles (2000). "¿Empleadas de por vida? Peruanas en el servicio doméstico de Barcelona". *Papers*, No. 60: 327-342. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona. <http://www.bib.uab.es/pub/papers/>
- Foucault, Michele (1995). *El nacimiento de la clínica: una arqueología de la mirada médica*, 15ª edición. México D.F, siglo XXI.
- Goycochea, A. y F. Ramírez (2002). "Se fue, ¿va a volver? Imaginarios, familia y redes sociales en la migración ecuatoriana a España (1997-2000)". *Íconos*, No. 14: 32-45. Quito, FLACSO-Ecuador.
- Gregorio, C. y A. Ramírez (2000). "¿En España es diferente...? Mujeres inmigrantes dominicanas y marroquíes". *Papers*, No. 60: 257-273. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona. <http://www.bib.uab.es/pub/papers/>
- Herrera, Gioconda (2001). "Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento". En: G. Herrera, comp., *Estudios de género*. Quito, FLACSO-Ecuador.
- _____ (2002). "La migración vista desde el lugar de origen". *Íconos*, No. 15: 86-94. Quito, FLACSO-Ecuador.
- _____ (2004). "Elementos para una comprensión de las familias transnacionales". En: F. Hidalgo, ed., *Migraciones. Un juego con cartas marcadas*. Quito, Abya Yala.
- _____ y A. Martínez (2002). *Género y migración en la región del sur. Informe final revisado*. Quito, FLACSO.
- Hondagneu-Sotelo, Pierrette, ed. (2003). *Gender and U.S. immigration. Contemporary trends*. Berkeley, University of California Press.
- Jokisch, Brad D. (2001). "Desde Nueva York a Madrid: tendencias en la migración ecuatoriana". *Ecuador Debate*, No. 54. Quito. <http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/>
- _____ y J. Pribilsky (2002). "The panic to leave: economic crisis and the "new emigration" from Ecuador". *International Migration*, No. 40(4): 75-101.
- Larrea, Cristina (2002). "'Cosas de mujeres' y 'cosas de hombres': género y reciprocidad en el ámbito doméstico sub-urbano de Guayaquil". *Ecuador Debate*, No. 56. Quito. <http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/>
- López, Pilar (2004). "Relaciones de género entre migrantes ecuatorianos en el nuevo contexto de "la Rambla", Murcia: un acercamiento desde la

- Antropología". *Ecuador Debate*, No. 63: 121-152. Quito.
<http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/>
- Martín, M. Kay y Barbara Voorhies (1978). *La mujer: un enfoque antropológico*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Matsuoka, A. y J. Sorenson (1999). "Eritrean Canadian refugee households as sites of gender renegotiation". En: D. M. Indra, ed., *Engendering forced migration: theory and practice*. New York – London, Berghahn Books.
- Meñaca, Arantza (2004a). "Salud y migraciones. Sobre algunos enfoques en uso y otros por utilizar". G. Fernández Juárez, dir., *Salud e interculturalidad en América Latina*. Quito, Aby Yala
- _____ (2004b). "Travelling mothers. Conditions and experiences of Ecuadorian migrant mothers". *EASA 8th biannual conference: Face to face: connecting distance and proximity. Ponencia de congreso*. Vienna, University of Vienna, EASA.
- _____ (2005). "Procesos de salud que traspasan fronteras. Familias entre el Ecuador y España" (en prensa).
- Monreal, Pilar (1996). *Antropología y pobreza urbana*. Madrid, los Libros de la Catarata.
- Moore, Henrietta L. (2004). *Antropología y Feminismo*, 4^a Edición. Madrid, Ediciones Cátedra.
- Moser, Carolina, O. N. (2001). "Ajuste desde la base: mujeres de bajos ingresos, tiempo y triple rol en Guayaquil". En: G. Herrera, comp., *Estudios de género*. Quito, FLACSO-Ecuador.
- Pedone, Claudia (2002). "Las representaciones sociales en torno a la inmigración ecuatoriana a España". *Íconos*, No. 14: 56-66. Quito, FLACSO-Ecuador.
- Pribilsky, Jason (2001). "Nervios and 'modern childhood'. Migration and shifting contexts of child life in the Ecuadorian Andes". *Childhood*, No 8(2): 251-273.
- Ribas, Natalia (1999). *Las presencias de la inmigración femenina. Un recorrido por Filipinas, Gambia y Marruecos en Cataluña*. Barcelona, Icaria.
- _____ (2004). *Una invitación a la sociología de las migraciones*. Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Sassen, Saskia (1998). *Globalization and its discontents. Essay on the new mobility of people and money*. New York, New York Press.

- Szczepaniková, Alice (2004). "Chechen asylum seekers in the Czech Republic: gender roles and family relations challenged". *EASA 8th biannual conference: Face to face: connecting distance and proximity*. Ponencia de congreso. Vienna, University of Vienna, EASA.
- Villa, Elvira (2005). "Penélope viaja a Ítaca: relaciones entre los procesos de salud / enfermedad / atención, flujos migratorios y prostitución femenina". En: X. Allué, J. Fernández-Rufete, L. Mascarella y J. M. Comelles, eds. *Migraciones y Salud*. Barcelona, Bellaterra (en prensa).
- Wagner, Heike (2004). "Migrantes ecuatorianas en Madrid: reconstruyendo identidades de género". *Ecuador Debate*, No. 63: 89-102. Quito.
<http://www.dlh.lahora.com.ec/paginas/debate/>